

# Perafán de Palos

LAURA LINARES  
EMA WOLF

Ilustraciones de **Tabaré**

 **Planetalector**

Grupo Editorial Planeta

Sevilla, a dos días del mes de enero de 1553

**Y**o, Perafán de Palos, cristiano viejo y leal súbdito de nuestro rey Carlos, principio a escribir ciertos hechos que deberán quedar en la memoria de todos los hombres, mejor que en la mía sola. Memoria frágil esta, la mía, agujereada por los muchos agujeros que la vejez puso en ella, por donde se cuelan los sucesos que me apresuro a recoger antes de que el tiempo los borre.

Lo que aquí se ha de narrar es la historia de un viaje a aquellas tierras del sur del Nuevo Mundo o tierras de Solís, acaecido veinte años antes de ahora. Dicho viaje tuvo por raro jefe a un hidalgo vecino de este lugar, caballero singular al que cobré gran afecto.

Y aunque el tiempo descascare lo pasado, doy fe que he de contar hechos verdaderos, ya que en tal expedición estuve yo mismo, Perafán de Palos, en calidad de cartógrafo. Si bien, como se verá

más tarde, no alcancé a dibujar mapas ni cartas marinas pues otros rumbos tomó la aventura.

Con esta pluma anoto lo que vi con estos ojos y escuché con estas orejas mientras duró el viaje. Y lo que no vi ni oí entonces, lo averigüé más tarde, ya vuelto a España, confidenciando con los vecinos de Barrameda, hurgando en documentos de familias linajudas, revisando archivos, husmeando en los mercados y convidando vino en las tabernas del puerto para hacer hablar a gente de toda calaña. En las partes borrosas hube de aplicar mi propia invención atando cabos y anudando hechos, que para eso Dios nos dio cabeza: para poner algo donde otra cosa falta y que quede bien.

Alcancé así a ensartar las cuentas de esta breve historia sin que faltase una, y armarla tan completa que bien puedo contarla de un tirón poniendo primero lo que aconteció primero, en medio lo que va en el medio, etcétera.

Escribo no solo porque siempre tuve afición a hacerlo, sino también por mi natural amor a la verdad, y por no olvidar a aquellos que, abandonando las blanduras del hogar, acometieron empresas tan dificultosas. Como este hidalgo, sin ir

más lejos, que de no ser por mi humilde afán, nadie sabría que alguna vez existió.

¡No tiemble mi mano ni se consuma el candil antes de que yo acabe este relato, fruta primera de lo que sucedió en esas tierras! Será justicia que así se haga aunque nadie más que el lector, o ni tan siquiera el lector, quede agradecido por ello.



Halla principio esta historia con decir que era vecino de Sanlúcar de Barrameda un tal don Higo Hurtado de la Encina, caballero de la orden del Huerto, infanzón de Valverde y sobrino de doña Urraca. Dama vieja esta, venida de la alta rama de los Hinojosa, que fue causante de la desventura y aventura de aquel, como se ha de narrar más adelante.

Doña Urraca supo estar dotada como para aportar fortuna a la familia, en los abundosos tiempos en que ofició como ama de leche del mismísimo emperador Carlos, cuando este era un infante recién nacido en Flandes.

Siendo don Higo huérfano precoz, le fue confiado a su tía y resultó criado por esta. De donde viene a saberse que el Ilustrísimo Emperador fue hermano de leche de Higo. Digo: que ambos bebieron de la misma teta ya que lo que en ella había alcanzaba para dos y más.

Grande honra y fortuna tuvo la familia mientras bebió Carlos. Mas aunque Urraca sirvió al príncipe con prolongado afán, el inflexible paso de los años -¡ah, que todo lo acaban!- la apartó del ilustre lactante, y así fue como disminuyeron sus privilegios y dineros.

Separados de la corte, doña Urraca y su prole fueron a dar a una finca de Sanlúcar, donde el Guadalquivir se abre al mar. Allí se mantuvieron con el pobre caudal que quedó en sus arcas y las flacas rentas que de tanto en tanto cosechaba la familia.

En fin, que desde entonces y por años, doña Urraca administró la moneda con mano dura y con un genio que podía decirse de los mil demonios. Tanto fue así que un día, de la rama caída de los Hinojosa, nadie sino el paciente Higo quedó junto a Urraca en la desvencijada casa.

Dado que la finca de los Hinojosa estaba a pocas calles del mar, y es sabido que las ferias de puerto tienen fama de baratas, doña Urraca hacía allí sus compras. Aunque a decir verdad, quien las hacía era el propio Higo por mandato y orden de su tía, sin que valieran protestas por disgusto o mal tiempo.

Era así que cada martes iba don Higo hidalgamente por pescado, pues ese día lo recibían fresco.

Coleaban en los canastos las jugosas corvinas, las gordas caballas, los regios lenguados y los esplendentes besugos del Golfo. Mas no iba Higo por estas sabrosuras, ya que otro era el encargo de Urraca, siempre el mismo y sabido de memoria.

—Tráete dos libras de anguila despellejada, tajada en trozos, bien pesada y dura de cuerpo. Cuida que los ojos sean brillantes y saltones, pues de ser turbios y hundidos es señal de pudrimiento. Y no vayas a la compra sino al mediodía, cuando por acabar la venta el pescadero da el sobrante a bajo precio.

Tal era el mandato de la tía, que hacía de la anguila guiso para toda la semana reservando las cabezas para caldo, bueno para el cutis —decía— y para sanar flujos de vientre.

No alcanza mi modesta pluma para relatar los padecimientos de don Higo los días de pescado. El solo olor asqueaba sus narices y le revolvía como peste. Para más daño, era acercarse al puesto y sentir un picor en el pecho tan recio y mordiente





que por no rascarse saltaban las lágrimas de sus ojos.

¡Quién lo viera en esos menesteres a un naci-

do de buena cuna, educado por los curas en gramática y latines con esmero y garrote! ¡Nadie lo viera!

Aun así, sufrido de cuerpo y alma, con erecta dignidad de caballero, iba Higo los martes por anguila.